



HISTORIA

DEL ESFORZADO CABALLERO

PARTINOPLÉS,

CONDE DE BLES.

Barcelona : Imprenta de Ignacio Estivill.

De lo que hizo el Emperador Julian para tener sucesion.

Cuentan las antiguas historias que estaba no poco apesadumbrado el gran Julian emperador de Constantinopla, viendo que el cielo no le concedia hijos por médio de su hermosa y castísima muger, cuando un dia le apareció una mora muy entendida en los secretos de la magia y le dió uno para lograr sus deseos, con estas palabras:

« Ve á las selvas de Herman; allí conoce
A una doncella que yo misma elija,
Vuelve luego á tu imperio, y de tu esposa
Tendrás en breve un hijo ó una hija. »

Obedecióla el emperador y la doncella de las Selvas del rey Herman tuvo de él una hija que llamaron Urraca y que se llevó su padre consigo, despues de haber hecho muchos presentes á la madre.

No salieron fallidas las promesas de la mora, pues despues del regreso del emperador no tardó su esposa sino el término acostumbrado en dar á luz una hija á quien pusieron por nombre Melior; la cual apenas habia rayado en los diez años supo ejecutar toda suerte de encantamientos, pues hacia descender una nube del Cielo y metida en ella hacia todo quanto se le antojaba. Viéndose el emperador muy entrado en años determinó de coronar á la hija y así aplazó cortes y quiso que todos los vasallos le besaran la mano como á señora y le eligiesen esposo, y dióle por tutores á los reyes Corfolo y Cláusaro. Rindiéronla homenaje todos los reyes, duques, condes y grandes señores del imperio, y como hubiese grandes desacuerdos con quien la habian de casar, acordaron que el rey Clamar y el rey Corsolo se presentasen á la Emperatriz y la dijeron que viese con quien queria casar, que para elegir le daban el término de dos años, pasado el cual, si ella no lo habia hecho, le buscarian quien fuese su igual en nobleza, si posible fuese.

Cual fué el Caballero en quien puso la Emperatriz los ojos, y la manera que tuvo para atraerlo al castillo de Cabezadoir.

Escribió Melior muchas cartas por todas las partes del mundo, y con cada carta envió un mensagero, con el fin de que mirase cual era el caballero mas gentil y cumplido, mandándoles que un dia asignado compariesen todos en el castillo de Cabezadoir. Hicieron ellos todo esto y no se quedaron cortos en las olabanzas que dieron á los varios principes, duques, condes, barones y demas caballeros que en muchos reinos y provincias habian visto, pero los mensageros que de Francia venian, no quisieron hablar hasta que lo habian hecho los demás y entonces dijeron:

Cuanto han dicho estos heraldos,

Señora, muy poco es

Por lo que hemos visto en Francia

En el sobrino del rey.

No hay lengua que á ensalzar baste

Los dotes que son en él:

Quince años de edad, de raza

Godo, robusto, y cortés.

Nadie como él rompe lanzas,

Nadie maneja un corcel,

Nadie como él tiene un rostro

Lleno de gozo y placer,

Nadie donoso en las pláticas,

Nadie liberal como él.

Rico nó mucho y habita

En su castillo de Bles.

La Emperatriz hizo ataviar una hermosísima nave, y en ella anduvo hasta llegar á la vista de las sierras de Ardena, donde dejó encantada la nave y habiendo hecho descender prontamente una nube, metióse en ella y anduvo

hacia el castillo de Bles, en el cual vió al conde asentado a jugar con su tío el rey de Francia y contemplóle á sus anchuras y halló que aun lo habian ensalzado poco. Con sus encantamientos hizo que al rey le viniesen vehementísimos de salir á caza de javalí, de manera que acabado el juego, mandó llamar á sus monteros. El conde se pertrechó de lo que habia menester, poniéndose una linda gallaruga de cuero, para ahorrar los demás vestidos, y colgó de su cuello una corneta de oro, y tomó un esquero en el cual tenia eslabon y yesca y todos los demás menesteres. Mataron un hermoso javalí, del cual hicieron solacion, y el rey mandó que todos se volviesen. Pero la Emperatriz prendada ya del conde hizo por arte de encantamiento descender una nube por delante y despues hizo salir un encantado javalí por delante de ellos, y al conde le vinieron ganas de matarlo. En vano el rey esforzó la voz para que volviese, pues el conde se hallaba ya distante cuando se cansó de perseguir el javalí, y no supo entonces á donde iba ni en donde estaba, porque la nube encantada le tapaba los caminos. El rey viendo que el conde su sobrino no venia, quedó con la mayor congoja, temeroso de que fuese pasto de salvages alimañas.

Andaba el conde mirando si veria alguna poblacion de gente ó algun castillo, y solo sintió un rio en la bondura, el cual buscó y siguió creyendo hallar alguna poblacion, pero no vió nada de lo que buscaba, pues siguiendo el rio, dió con la mar. Discurriendo por la playa como persona desesperada encontró una magnífica nave curgida, de lo cual fue muy alegre, pensando que allí habia gente y con esto empezó á gritar «!Ah de la nao! ». Mas como nadie le respondiese y como viese en tierra la escava, pensando que se habria metido bosque adentro para hallar alguna bestia salvage para yantar, descavalgó, tomó su caballo de la rienda y montó arriba, donde no tardó en dormirse; tan fatigado estaba. No despertó en toda la noche, aunque la Emperatriz habia mandado tirar velas y guiaba la

nave hácia el castillo de Cabezadoir, y hasta que el Sol le daba en el rostro que entonces volvió en sí y no vió mas que cielo y agua. A nadie vió sino á su caballo que por esceso de hambre roia las tablas de la nave, y comenzó à llorar y á rogar á nuestro señor Dios que le abriese algun camino de salvacion. Al cabo de tres dias vió blanquear un castillo, pero tan á lo lejos que parecia una paloma. El conde suplicó al Cielo que tuviese à bien hacerle tomar el derrotero dél, y al cabo de pocas horas hallóse en el castillo de Cabezadoir, el cual arribado, la escala de la nave se puso en tierra sin que apareciese nadie que la moviera. Saltó á tierra el conde y montó à caballo, el cual no daba un paso por estar muerto de hambre, por mucho que le espelase el conde, quien viendo que la razon estaba de parte del pobre animal, descabalgò y le hizo pacer. Llegó despues hácia el castillo y vió á su alrededor una ciudad muy grande, pero sin que apareciesen hombres, ni saliesen greyes, ni cantasen pajarillos, ni gallos, ni tocasen campanas. Solo vió salir humo de una chimenea del castillo, y juzgándole por esto habitado, se acercó á él, y despues de haberse santiguado entró por su primera puerta.

De lo que aconteció al Conde en el castillo de Cabezadoir.

No viendo tampoco nadie en el patio del castillo arri móse á una lumbre que allí ardia y bien calentado que fué, descubrió una rica mesa que la Emperatriz habia hecho cubrir con pan y vino y muchas viandas, para que si tenia hambre comiese: tomó el pan, oliólo y persignólo, temiendo siempre apesar de su bellísima apariencia que no fuese una confeccion de malignos espíritus, y en pensando que salia humo de una cámara de la torre, dijo entre sí:

« Mi caballo lo pierdo, Dios lo guie:

Subir á lo alto de la torre quiero;

Si morir debo, que elevado muera

Será mas propio fin de un caballero. »
Fuese subiendo y entrando por el palacio hasta llegar á una sala espléndida, donde encontró un ancho estrado todo de plata y esmaltado de riquísimas flores, con los pies de oro. En él se arrellenó y viendo junto á él un buen fuego arrimóse á calentar y despues vió una mesa hermosísima y junto á ella un sitial de oro, con muchas piezas de oro y cristal, que alumbraba la sala como si fuese de dia. Pensando estaba en su caballo, pero le apretó el hambre y pensó entre sí que mejor le iria comiendo aquellos ricos panes, aun que con peligro de muerte, que muriéndose de hambre. Se santiguó y luego alzándose muy denodadamente se dirigió á la mesa y ocupó el sitial, y cuando menos lo pensaba vió una aljofaina de plata y un hermoso pinchel con una toalla bordada, y aun que tenia ya un pan en las manos, se fué á limpiarlas; y no se veia hombre ni muger que echase el agua ni sostuyese la toalla ni la aljofaina. Comenzó á comer, aun que sin recelos de que fuese el maligno espíritu quien obrase todo lo que veia, y no tardó en ver venir en una fuente tres perdices de las cuales comió luego con toda satisfaccion. Vió despues venir una copa de plata, á cuyo pié estaba engastada una piedra preciosa que valia una ciudad. Bebió y vinieron tras las perdices otras y otras viandas á cual mas sabrosas, sin que faltaran para postres diversas confituras y frutas. Dormióse despues en el sitial, pero como despertase con mucho frio, se allegó á la lumbre, soñó despues que habia á su espalda una gran multitud de malignos espíritus que lo querian empeller al fuego y levántándose todo asorado, se persignó y llevó la mano á la espada para defenderse, pero no vió á nadie, sino en un ángulo de la sala á una grande antorcha encendida que le guia en una cámara en donde no habia sino plata y pedreria y paramentos de oro y de seda y una cama toda llena de oro y de tellizas de brocado. Y habia en medio de su manto un escrito muy grande y guarnecido de piedras preciosas

y en derredor del lecho habia muchas figuras de emperadores, reyes y magos. No viendo quien sustentase la antorcha pensó que pues buena habia sido la cena, no seria mala la cama, y se quitó toda la ropa, poniendola en una silla inmediata al lecho junto con el asquero y metióse en el lecho, dejando sobre él la camisa y el jubon.

De lo que hizo la Emperatriz cuando tuvo en su cámara al conde Partinoples.

La Emperatriz Melior contó á su hermana Urraca quanto habia acontecido y tanto alabó sus gentilezas que le vinieron deseos de conocerlo, pero la Emperatriz le respondió que no se lo podia mostrar, porque si se lo mostraba todo el encantamiento quedaría deshecho y ella quedaria avergonzada, por quanto los reyes que eran tutores de su imperio, le habian dado de tiempo dos años para que buscase marido y ella se habia apresurado en hallarlo antes de tres meses, y así que esperase dos años y se lo mostraria. Nada opuso Urraca sino que le mostrase algun varon que montase tanto como el en proporcion y grandeza, para que pudiese llevar los trapos de lino que le mandase y le viniesen bien.

Pasado este razonamiento, la Emperatriz determinó de andar á la cámara donde el conde dormia solo y sin luz, y á su rumor el conde despertó asustado. La emperatriz se desnudó y acostóse en el lecho; mas el conde no sabiendo que pensar, no osaba mover los lábios. Y para que el conde no imaginase que fuese maligno espíritu, ella sacó el brazo diciendo: á Dios me encomiendo, y á la gloriosa virgen Maria, y á los ángeles todos y arcángeles de la corte celestial. Despues como topase con el conde fingióse muy espantada y para descubrir al conde quien ella era contóle todas sus grandezas, añadiendo como enojada que nadie se habia atrevido nunca á entrar en su cámara. El conde le relató lo acontecido y se mostró muy contento

de volverse, con tal que le hiciese buscar el caballo y le hiciese encender luz que le guiase. Ella le contestó que le daría la mano para guiarlo hacia el portal, pero si de puro fatigado no podía moverse y creyendo cierto el fingido enojo de la Emperatriz lloraba de haber de fenecer con tanta deshonra. Oyendo la Emperatriz que el conde lloraba, su corazón no pudo mas con llevarlo y calló y volvióse al lecho y pasado un largo espacio viendo el conde que ella nada decía pensó que era adormida y púsole la mano en los pechos para ver si era maligno espíritu. Al cabo de otro espacio pensando que verdaderamente dormía, volvió á poner la mano allí mismo, y entonces ella no dijo nada y él siguió poniéndole la mano sobre la cabeza, para mirar si tenia muy largos cabellos y en seguida le tocó la frente, los ojos, la nariz, la barba, la garganta y los brazos, y despues palpóle las piernas y los pies, contando los dedos de sus pies y manos, temeroso siempre de que no fuese de las fantasmas que eran en aquellos tiempos, las cuales del cinto arriba eran como mugeres, y del cinto abajo á modo de leones y tenian los pies como de liebre: y ella siempre estuvo queda. El conoció por el tacto que era de las mas bellas damas que en orbe de la tierra se pudiesen hallar y ella rompió el silencio y dijo con tono harto blando:

«'Locado me habeis de sobras:

Ya lo veis, no soy fantasma,

La grande Constantinopla

Su Emperatriz me proclama,

De siete potentes reyes

Soy única soberana.

Mas en vuestra mano está

Que con vos mi gloria parta,

Si de tener en secreto

Nuestras amorosas pláticas

Hasta pasados dos años,

Me dais fé juramentada.»

Oyendo el conde tan dulces palabras, quedó muy alegre y le otorgó todo aquello que demandaba.

Del tiempo en que el Conde se separó de la Emperatriz y de la razon.

Antes que amaneciese se levantó la Emperatriz y mandó á su hermana Urraca que tomase el vestido del caballero y pusiese otros mas limpios y ricos y ella luego fué allá y le traje el sayo y jubon de seda y calzas y un capuz de escarlata y una camisa finísima y púsole todo en el estrado junto al lecho y miró si podría verlo, pero Mejor los habia encantado á ambos de tal manera, que el uno no podia ver el otro de ellos.

Al siguiente dia despues de levantado el conde y ricamente vestido con los nuevos hábitos, volvió á comer sabrosos manjares como la anterior noche, sin ver quien los entraba ni ponía en la mesa. La reyna le dispuso luego muchas cacerias y cabalcadas para que pudiese solazarse sin ver á hombre viviente, y siempre le recordaba y le mandaba, que por manera alguna la descubriese hasta ser cumplidos los dos años.

Uno habia pasado cuando un dia estando el conde en lo alto de la torre mirando el mar y las verduras de los campos vino á acordarse de la Francia y de su tio y de su madre y lanzó un hondo suspiro. Preguntó la Emperatriz la ocasion de este suspiro y él, aun que medio temeroso de enojarla, la dijo que echaba muy á menos á su señora madre y á su tio. Respondióle la Emperatriz que mucha razon tenia en dolerle y enojársele la sangre porque el rey de Francia estaba en mucha congoja por causa que el sornagero y otros dos reyes habian entrado en su reyno y tenian cercada la ciudad de Paris. Aconsejóle que fuese á socorrer á su tio, y que trabajase en ganar honra á fin de que dél recibiese buenas nuevas y dióle una espada la cual le encargó que la guardase muy mucho y que ca-

da vez que la tomase se encargase de ella. Dióle tambien que le daría cien camellos cargados de oro y plata y piedras preciosas, las que podría mandar á España para hacer venir soldados á sueldo, que como á españoles serian fieles y valerosos. Despidiéronse con muy triste corazon y él la prometió que volvería lo mas pronto que le fuese dable.

De la llegada del Conde al Castillo de Bles y de sus gloriosas hazañas.

En compañía de un anciano cuyo rostro no pudo descubrir por llevarlo enteramente cubierto de cabellos y de los cien camellos que la emperatriz le habia prometido llegó la Emperatriz al castillo de Bles y allí se despidió del anciano encargándole que le recomendase á su señora. Entonces voceó para que le abriesen y al ver que era el conde todos fueron muy alegres y lo notificaron á su señora Madre la cual fué dello entrañablemente gozosa porque juzgaban que fuese muerto. Hiciéronse muchos festejos y reuniéronse todos los barones y caballeros de su casa y de su tierra, á los cuales preguntó en que manera podría haber del reyno de España diez mil hombres de armas que habia menester y siguiendo sus consejos los alcanzó.

Al dia siguiente salió el conde y sonaron trompetas por la ciudad y alzáronse banderas y los burgeses se atemorizaron mucho pues temian que fuese el rey Sornagero, hasta el punto de doblar las campanas. El conde envió un mensage al rey diciendo que era vivo y que era él quien venia de lo que quedó muy maravillado y contento. Mandó abrir las puertas y despues de haberle dado tiernos y repetidos abrazos, cenaron juntos y pasaron la noche contándose las cosas que acontecidas les eran desde que no se habian visto.

Venido el otro dia sonaron las campanas, y al oirlas el

conde se levantó del lecho , gritando que le diesen las armas ; y aun que su tio queria impedirselo por temor de que fuese presa del rey Sornagero , no se detuvo , y menos cuando supo que los caballeros del rey Sornagero se llevaban cuatro mil vacas. Cuando iba al alcance de los moros era tanta la polvoreda que no los podia ver , pero dió espuelas al caballo y se metió con los suyos entre la morisma , que de diez mil que eran , no escaparon dos mil , los cuales fueron á narrar al rey Sornagero que jamás habian visto tan valeroso caballero , que mas que hombre parecia leon airado.

Maravillado quedó el rey del valor de su sobrino siendo tan mozo y no habiéndose visto nunca en batalla é hizole soberbia entrada , pero no contento el conde , diciendole que iba á visitar los heridos salió de lo noche con los caballeros que reunir pudo secretamente y entraron con mucho silencio en el campo é hicieron un gran destrozo y cuando el rey Sornagero y los dos otros reyes se hubieron aparejado , el conde se hallaba con los suyos á las puertas de Paris.

Del enojo del rey Sornagero y de la batalla que demandó y de lo demás que se verá.

Muy enojado quedó Sornagero de la deshonrra que recibió y se dió prisa á informarse de quien era el conde y luego hizo escribir una carta en estos términos :

Para batalla te aplazo
 O noble rey de Paris,
 Para la primera mañana
 Del florido mes de abril.
 Si tus huestes destrozamos
 O soberbio paladin ,
 Has de pagarnos tributo
 Y homenaje has de rendir.
 Si tu vences , à tu imperio

Doblaré la mi serviz
 Habré de pagar tributo
 Y el homenaje rendir.
 Mas para luchar te aplazo
 Al primer dia de abril
 Uno á uno, diez á diez
 Ciento á ciento, ó mil á mil.

Despues de haber el conde alcanzado con harta dificultad que el rey le permitiese luchar cuerpo á cuerpo con el rey Sornagero, le contestó de esta manera:

La batalla que demandas,
 Sornagero, moro rey
 Sea conmigo cuerpo á cuerpo
 Sin arte mala y con ley.
 Trae contigo sin armas
 Mil moros, que hé de traer
 Desarmados mil soldados
 Del noble imperio francés.
 A tu soberbia demanda
 esta mi respuesta es.
 Y lo firmo:

Partinoples

El mozo conde de Bles.

Venido el primer dia de abril, jornada que para la batalla se habia asignado, los franceses con el conde, llegaron al campo en que habia de tener lugar la batalla, y el rey tomó su sobrino y le introdujo en el campo y le dió la bendicion, despues de lo cual se retiró con su gente á una parte del campo. Tras ellos entró el rey Sornagero y el conde le fué á recibir y llegaron y se besaron en la boca encomendándose el conde á la santa Trinidad y el rey á Mahoma. Separáronse luego los dos cuanto era menester y lanzáronse el uno contra el otro con tan grande furia como podian llevarles los caballos y se quebraron del primer choque las lanzas que llevaban bajadas. Puesieron en seguida manos á las hachas y descargaronse tan bue-

nos golpes que todo el campo brillaba á las centellas que hacian salir de los arneses y viendo uno y otro que con las hachas no se podían dañar, echáronlas y metieron mano á la espada y comenzaron á herirse con tanta furia que los escudos caian à piezas; y como el rey era mas diestro que el conde, asestó tan gran golpe sobre la cabeza de su caballo que lo mal firió. El conde entonces desenredó los piez de los estribos y con la espada en mano saltó á la otra parte, puesto el escudo delante el pecho. Cuando vieron el rey de Francia y su gente que el conde quedaba á pié, comenzaron á llorar. Tampoco el rey queria acometer al conde, movido de piedad por sus pocos años y deseo de que se diese por vencido pero con tan soberbio denuedo le replicó el conde que corrió á el con ánimo de pisotearlo con el caballo; pero el conde detúvose con ligereza y al pasar el caballo delante del dióle con la espada tan recio golpe sobre las narices que le abrió la cabeza y le hizo caer muerto. Viéndose pues el rey á pié vino para el conde y comenzó á herirlo cuanto podia y el conde á él sin ninguna piedad como dos bravos leones. Y viendo el rey que de aquella suerte no reportaba ventaja sobre el conde, pensó que abrazandose con él no podia ser que no le venciese y así lo embistió muy furiosamente y abrazóse con él; pero el conde sabia de luchar y cogióle tambien como era menester cansáronse los dos de tan porfiada lucha y dieronse un corto espacio para descansar y el rey se fue á sentar sobre su muerto caballo, pero el conde no quiso hacerlo sino apoyándose sobre el pomo de la espada. Volvieron despues á la batalla y el conde descargó tan gran golpe sobre el yelmo del rey que la espada se le quebró y no le quedó en la mano mas que el puño. En esto se acordó de la espada que la señora Melior le dió á la salida del castillo de Cabezadoir como venia atada en el arzon de la silla de su caballo que estaba muerto, encontinentemente anduvo allá do yacia y sacó la espada, la cual habia pertenecido al emperador di-

funto, padre de Melior y luego que la puso en la mano cobró tan gran esfuerzo que el mismo se maravilló y se dirigió al rey con mucho denuedo y le comenzó á herir muy furiosamente. El rey se portó como buen caballero que era, pero no pudo resistir al nuevo denuedo que al conde habia dado la espada de su señora, de modo que se arrodilló y dijo que conservaria los pactos que habia hecho.

De esta manera quedó en paz el reyno de Francia y en su real palacio se reunieron el rey, el conde y luego su madre, que de todos recibia enhorabuenas y albricias de haber dado à luz un hijo dotado de valor tan maravilloso.

De lo que deseaban el tio y la madre del conde y del enojo de Melior,

El rey de Francia y la condesa deseaban casar á Partinoples con una muy principal dama francesa, pero él se negó constantemente diciendo que mas principal y mas bella señora ya tenia. Creyendo que fuesen ilusiones del maligno espíritu que con la soberbia de los buenos sucesos hubiese trastornado su alma, llamaron á un sabio obispo para que le confesase y penetrase sus secretos y diese el remedio que su piedad y su sabiduria pensase. El conde se avino á confesarse á los pies del obispo y cuando este estuvo en el secreto le dijo que la emperatriz Melior habia era su muger, y para probarlo le dió una linterna encantada, dentro de la cual habia una candela que de continuo ardia, encargándole que la llevase oculta y que estando en el castillo la ocultase debajo del lecho y que cuando durmiese sacase la linterna que si era persona la veria y que si era espíritu no. El conde aparejó una nave para llegar al castillo de Cabezadoir y entró en sus cámaras como la otra vez aparecióronle como era de costumbre y las siguió y metió luego la linterna debajo la cama

Entró luego en ella la emperatriz y cuando durmió levantóse el conde, buscó la lámpara y descubrió el lecho y se puso á mirar á la emperatriz, con cuya hermosura quedó tan turbado que cayó una gota de cera de la candelá en la megilla de la emperatriz. Despertóse la emperatriz dando un gran grito y señales de mucho dolor, y oyéndolo el conde dejó caer en tierra la linterna y comenzó á llorar enviando en mal hora á su tío y á su madre y al obispo y publicando á voces su traicion y la falta de fé en guardar la palabra que con la emperatriz habia tenido, pidiendo de rodillas que le castigase y le nombrase felon y mal caballero.

Cuando la emperatriz hubo vuelto en sí, comenzó á llorar y á dar grandes voces contra el conde llamándole perjuro y traidor y diciéndole que puesto que por tanto tiempo habia esperado, bien podia esperar seis meses mas, y que quedaba deshecho el encantamiento y todos los del imperio tendrían noticia de su deshonra. No le valieron al conde lloros ni ruegos, pues la emperatriz tomó sus vestidos y salió de la cámara dejando al conde en cueros y fué á la de su hermana Urraca y le narró lo acaecido. Urraca respondió que bien tenia razon de quejarse de quien tan mal le habia pagado su mucho amor, y se encargó de hacer armar los caballeros, lo que hizo diciéndoles que un mal caballero habia osado penetrar en la cámara de la emperatriz y que por esto estuviesen en la sala delante la cámara, preparados para matar el dicho caballero cuando de allá saldría. Urraca entró en la cámara y cuando vio al conde tan gentil y tan mozo y que le habló con tanta humildad, le asaltaron deseos de perdonarlo y fué en busca de la emperatriz para demandarle su gracia la que le negó la emperatriz profundamente. Cuando Urraca vió que su hermana no queria perdonar al conde, le pidió que á lo menos le diese los vestidos para que un tan gentil caballero no muriese vergonzosamente, fué á dárselos y dijo á los caballeros: no toqueis

al primero que salga de la cámara que inocente es, matad al segundo que este será el culpado. Hízole luego salir de la cámara, dióle el caballo y luego una nave de manera que pudiese llegar al castillo de Bles sin que desgracia le aconteciese.

De la penitencia de Partinoples y de su encuentro con Urraca.

Cuando el conde desembarcó cerca el castillo de Bles, le encontraron algunos de sus vasallos, los cuales al ver su señor se arrodillaron delante dél para besarle la mano, pero él no lo consintió, diciendo que un traidor como él no merecía que le besasen la mano. Mandó luego que abriesen la torre que tenía en lo mas alto del castillo y entró en ella y cerró la puerta à fin de que nadie entrase y siempre gemia y gritaba diciendo :

« Ay de mí desdichado

Que mi fé y mi palabra he quebrantado!

De esta suerte estuvo tres dias sin comer ni beber y vino despues un hijo del rey Sornagero que este enviaba para que en compañía del conde se alicionase en las pláticas de la caballería. El cual hijo del rey Sornagero fué á encontrarle á lo alto de la torre, y él en vez de recibirlo cortés y mesuradamente, le dijo con mucha aspereza que hiciese amasar un pan de avena y que se lo trajese con solo un cántaro de agua. Asi estuvo cinco meses y el rey de Francia que supo que habia perdido el juicio y que era el deshonor de su familia, no queria ir á verlo porque sabia que él y la madre y el obispo por sus cosas eran la causa de lo que le estaba sucediendo.

Ocho meses pasó en tan miserable estado cuando un dia dijo á Anfor, el hijo del rey Sornagero, que por la narracion de sus antiguas hazañas que le hicieron los vasallos del conde se le aficionó mucho y sentia por el mucha compasion, que queria ir con él à solazarse en el campo. Mu-

cho se alegró Aufer de su determinacion creyendo que la hermosura del campo podria ser parte á divertir sus tristes pensamientos ; pero él no queria comer ni hablar y solo le dijo un dia que comeria cuando él fuese cristiano. El hijo del rey Sornagero que ya llevaba la intencion de ser bautizado, movido mas y mas por la aficion que al conde tenia , le contestó que en buen hora le bautizase , que él muy contento quedaria con tal que el comiese cosa de mas sustancia que bellotas y pan de avena y se cortase aquellos largos y descompuestos cabellos que tanto le afeaban. No pudo negarse Partinoples á entrar en una iglesia veciná, y allí bautizaron solamente á Aufer hijo del rey moro Sornagero que desde entonces fué muy fiel y muy piadoso cristiano. Pero el conde se aprovechó de un momento en que Aufer estaba dividido encomendando su alma á Dios y salió de la iglesia y metióse en las selvas y vino á parar en lo mas desierto de las sierras de Ardeña , dondè se puso á andar de cuatro patas, como una bestia irracional, llorando y gimiendo y ahullando de un modo extraño , todo con deseo de que se le aproximase la muerte , y de cuando en cuando tenia aun aliento para esclamar :

« Ay de mí desdichado

Que mi fé y mi palabra he quebrantado. »

Dejémosle por un momento y volvámos á hablar de Urraca hermana de la emperatriz Melior. Temiendo Urraca que su hermana se vengase en ella de la huida del conde de Partinoples si llegaba á descubrirla, huyó á las torres que le habia dejado su padre y que estaban en las fronteras del imperio y se guareció en la mas fuerte , llamada torre de Tenedos, donde habia no pocos vasallos que la reconocian por señora y que la hubieran defendido en caso de que alguno hubiese intentado ofenderla. Allí estuvo algun tiempo hasta que recibió cartas de su hermana en que la pedia que fuese á su palacio pues queria consultarla sobre lo que los reyes, caballeros y tutores le pro-

ponian sobre su casamiento : y al mismo tiempo deseaba su compañía para que le consolase de la pérdida de su querido Partinoples. Temiendo Urraca que no fuese una ficcion para apoderarse de ella le contestó que no estaba en disposicion de hacer camino y luego hizo aparejar una nave y se embarcó en ella con muchas de sus doncellas y con algunos caballeros, huyendo de este modo de su hermana que se figuraba enojada contra ella. Dirigieron la nave hacia Francia y llegando un dia delante de las sierras de Ardena oyeron relincho de un caballo. Sintiólo Urraca y demandó al patron de la nave en que tierra se hallaban. Y el patron respondió que mucho se maravillaba que en aquellas tierras hubiese caballos, porque son las de Ardena, las mas ásperas del mundo. Vinieronle deseos á Urraca de saltar á tierra y de ver si volverian á encontrar aquel caballo. Cumpliéronse sus deseos y oyendo despues muy lejano el relincho, siguieron hácia donde este les llamaba y encontraron en una fuente un caballo bebiendo y era el del conde de Partinoples que lo habia seguido hasta aquel lugar. Huyó el caballo á la vista de Urraca y de las doncellas, las cuales al cabo de un momento vieron salir por la espesura un animal muy grande y feo y Urraca vino á él y vió que tenia semejanza con persona y ella la dividió los cabellos que le cubrian el rostro y que eran muy largos, y viendo que era persona humana y que andaba á cuatro pies, cobró mucho espanto y le dijo que de parte de Dios le respondiese quien era, mas él no supo decir mas que las sabidas palabras :

« Ay de mi desdichado

que mi fé y mi palabra he quebrantado. »

Pero Urraca conociendo que aquella voz se parecia á la del conde y que el sentido de las palabras podia convenirle se dió á conocer y le dijo que su hermana le habia perdonado, lo cual creyó el pobre conde y calmó con ello mucho su locura. Urraca resolvió volver á Tenedos y tener allí al conde oculto dándole vestidos y armas y todo

lo que hubiese menester y procurar saber noticias sobre si la emperatriz lo perdonaria. Al llegar á Tenedos halló algunos caballeros que le dijeron que la emperatriz no podia consolarse de la partida del conde y de su hermana y que daría la mitad de su vida por poderlos hallar ambos á dos de lo cual ella quedaria muy contenta.

Del venturoso término y fin de la presente historia segun lo cuentan las mas antiguas escrituras nuevamente halladas.

La emperatriz Urraca, creyendo que su amado Partinople era muerto dejó en manos de los tutores, reyes y caballeros la eleccion de emperador. Pero ellos estaban en gran division porque los reyes querian que fuese uno de ellos y los demás caballeros que fuese otro. Y entonces los dos reyes que eran tutores de la emperatriz dijeron que no querian que sobre aquella eleccion hubiese de haber favores y que por ende se escribiesen cartas para todas las provincias del mundo, en que se dijese que el caballero que quisiera mostrar su esfuerzo y valentía que para el dia primero de la próxima pascua estuviese allí, donde se haría un torneo y que el que venciese en el torneo fuese emperador y casado con Melior Emperatriz de Constantinopla.

Muchos fueron los caballeros que se presentaron, pero los que se habian dado mas prisa fueron los siete reyes del imperio y luego el poderosísimo Soldan de Constantinopla. Muchos otros caballeros vinieron de Francia, Italia, Inglaterra y Ungría y ultimamente vino un caballero desconocido á quien por el color de sus armas llamaron el caballero de las *armas negras*. El Soldan de Persia venció á los mas esforzados entre los cinco reyes con tanta facilidad que muchos caballeros no quisieron medirse con él, pero el caballero de las *armas negras* que habia llamado la atencion por la gallardía de su cuerpo aun que su ros-

tro estaba tapado, se presentó y combatió con él. Mucho trabajo le costó poderselas haber con un tan grande y fuerte caballero como el Soldan de Persia, pero los deseos de alcanzar el imperio y mas que todo la mano de Melior le dieron ánimo para todo. Venciólo finalmente y subió á un rico tablado donde estaba la emperatriz, á quien presentó arrodillado la espada. Mucho fué el pasmo de Melior cuando vió en manos de aquel caballero la espada del emperador su padre que ella habia entregado á Partinoples y asi sin reparar en el sitio ni en lo que habian de pensar los que la rodeaban propuso con mucha ansia si acaso habia encontrado el cuerpo de su amado partinoples y robádole la espada. A lo que contestó el caballero de las *armas negras* bajando cortesmente la visera y dejandole muy maravillada de que fuese el conde de Partinoples.

Al dia siguiente celebráronse las bodas de la emperatriz Melior con Partinoples conde de Bles y de Urraca con Anfer hijo del rey Sornagero, el fiel amigo del conde que despues de haberlo perdido se dirigió hácia á la Tierra Santa y se halló por fortuna en aquel gran torneo.

Los músicos y ministriles cantaron en honor del nuevo emperador las siguientes palabras :

¡« Difundan sus acentos
Alegres instrumentos !
¡ Suenen gratos cantares
De gloria y de loor !
¡ Salas y corredores
Y lozas y tapices
Sembrad de bellas flores
Que ostenten sus matices
Y ecsalen dulce olor !

¡ O gentil caballero;
O noble emperador !
Tu estado lastimero,
Cesò ya y tu dolor !
Y risueña ventura
Por premio te asegura
De tus pasadas penas
La gloria y las cadenas
Suaves del amor.

